



ANTOLOGIA DEL ARBOL

BIOGRAFIAS
DE LOS PIONEROS
DE LA FORESTACION

POESIAS
Y FRAGMENTOS
LITERARIOS



COMISION
"PLANTEMOS ARBOLES"

ROTARY CLUB
DE MONTEVIDEO

U868.44 A635



1976831

Prólogo

Esta obra ha sido impulsada por la Comisión “Plantemos Árboles”, del Rotary Club de Montevideo, que, presidida por el Prof. Dr. Federico Salveraglio, ha estado compuesta a través de los años por los Sres.: Dr. Noé Amonte, Raúl Addiego, César Buzio, Enrique Brussoni, Raúl Barbero, Emilio Colombino, Ing. Agr. Gabriel Caldevilla, Dr. Vicente Guaglianone, Myles Moyna, Ing. Jorge Marizcurrena, Isaías Pesce, Dr. Marcelo Ruvertoni, Dr. Hugo Rubio, Dr. Carlos Salveraglio, Alfredo Testoni e Ing. Alfredo Weiss.

A esta Comisión debemos agregar el aporte invaluable de la Profesora Sra. Pilar Fernández de Odriozola en la compaginación general; del poeta Emilio Carlos Taconi y de un grupo de distinguidos colaboradores voluntarios. Entre ellos cabe mencionar especialmente a la Directora de la Biblioteca “José Artigas” de la “Junta de Vecinos”, Sra. Elis Duarte de Bogdajian y de su secretaria general, Sra. Ana María Di Genio de Carlomagno.

Pero es de justicia decir que el Dr. Federico Salveraglio ha sido la voluntad férrea que supo despertar el interés sobre el tema dentro de un amplio grupo de personas.

No se va a hacer aquí un retrato del Dr. Salveraglio pero pensamos que hombre bueno tiene que ser quien roba el tiempo a su trabajo diario y a su descanso para dedicarlo a una tarea que, como ésta, tiene un sentido de amor del que quiere hacer partícipes a los demás.

Después de una vida fecunda en realizaciones que tienen que ver con la Vida y el Hombre, se vuelve hacia el árbol, ese amigo que está siempre junto a nosotros esperando el cuidado de nuestra mano y eso es bueno.

Esta Antología, es el resultado del esfuerzo y la dedicación de un grupo de personas que, mediante este estudio, desea despertar en todos, y sobre todo en los niños, el amor al árbol.

Está compuesto por referencias a nuestros pioneros en la plantación de árboles, poesías, trozos literarios y otros datos que se consideraron de interés, de modo que el hombre y el niño aprendan que el árbol que nos acoge con su sombra y nos regala sus frutos es nuestro amigo.

EL CEIBO

En tus ramos entona gallardamente
La canción de sus zumbos la lechiguana,
Y les presta a las luces del sol poniente
Sus reflejos de lacre, tu flor boscana

Tus capullos relumbran, como rubíes,
Cuando el sol de las doce los campos tuesta,
Y en tus frescos capullos los mainumbíes,
Como en rojos divanes, duermen la siesta.

¡Con tus cálices siempre de azúcar llenos,
Con tus verdes y lindas hojas aovadas,
Eres el estandarte de los serenos
Estíos de mis frondas embalsamadas!

¡Cuando un cintón florido de tu ramaje
Forma cerco a una virgen cara trigueña,
De mi ronca guitarra todo el cordaje
Con ardientes coloquios de amores sueña!

¡Testigo palpitante de las hazañas
y los rudos blasones de nuestra historia,
Tu púrpura encendida tiñes y bañas
En los flecos del astro de nuestra gloria!

¡Del fogón de tus ramas junto al rescoldo,
Cuando el postrer reflejo triste fluctúa,
Llora sobre las muertas dichas del toldo
El espíritu errante de algún charrúa!

¡Te nombran con cariño los payadores,
Cuando con verso tosco y asonantado,
Relatan la leyenda de los dolores
Y de las gallardías de lo pasado!

¡Dicen que con lo rojo de tus capullos,
En nuestros esquilianos choques primeros,
Tejían la corona de sus orgullos
Y de sus heroísmos nuestros lanceros!

¡Y dicen que en tus flores halló la tinta,
Con que en los rudos lances de aquellas horas,
Trazó nuestro blandengue la roja cinta
Que cruza sus banderas libertadoras!

¡Por eso con tus broches de azúcar llenos,
Con tus verdes y lindas hojas aovadas,
Eres el estandarte de los serenos
Estíos de mis frondas embalsamadas!

Carlos Roxlo

EL CIPO

Nació sobre la copa del árbol corpulento,
Sin que ninguno acierte cómo ha brotado allí,
Aquel airón que ondula cuando solloza el viento
Y plegan los crepúsculos sus alas de rubí.

Los troncos de sus ramas con lentitud descienden
Nutridos por los jugos del árbol montaraz,
Y cuando al suelo llegan, como raíces prenden,
Cubriendo a todo el árbol con su festón vivaz.

¡Uniendo sus encajes con maña traicionera
Como una red, en torno del árbol nutridor,
Al árbol estrangula la fuerte enredadera.
Al árbol en que el vuelo detuvo el picaflor!

Engaño de los ojos, semeja su verdura
Lo verde del ramaje de un árbol tropical,
Y son aquellas mallas como una fosa oscura
En donde el tronco duerme su sueño sepulcral.

En vano es que renazca la dulce primavera,
Tiñendo al horizonte de nácar y punzó;
¡Ya el tronco ni verduras ni céfiros espera!
¡Le cubren para siempre los ramos del cipó!

Señor, que de las dudas el malezaje rudo
Tejiste sobre el árbol altivo de mi fe,
Si ya está todo el árbol decrepito y desnudo,
¿Por qué mandas al tronco que permanezca en pie?

*Carlos Roxlo
Uruguayo, 1861-1926*

EL ARBOL EN EL ARTE UNIVERSAL

A través de los tiempos la presencia del árbol, benéfico para el hombre, ha sido para él sustento, protección, utilidad, defensa. Ahuecó un tronco y anduvo sobre las aguas. Cortó tablones y edificó su techo. Amuralló su casa y alimentó el fuego de su chimenea. En la inmensidad de los bosques, la hoguera encendida delató la presencia vigilante del cazador. La presencia humana. Auxilió a los seres efímeros, “los seres de un día” con su sombra y su abrigo, y fue intérprete de la voz divina, como la legendaria encina de Dodona entre cuyos ramajes se oía la voz de Zeus. Con ese innato aguzado esteticismo que signó su estirpe, los griegos poblaron de arpas eólicas sus frondas, para que la ronda de los vientos constelase de músicas extraterrenas el antiguo cielo de los hombres.

Primero, fue deidad, arado, rueda, arma, instrumento, realidad. Después se convirtió en arte. Y los grandes pintores de todas las épocas incorporaron al árbol en sus creaciones como elemento perdurable.

Es el árbol impreciso, más símbolo que árbol, más lenguaje misterioso que árbol, que retrataron los pintores chinos hace miles de años. Es ese otro convencional, decorativo, que enmarca a las parejas seductoras de caballeros y marqueses de un Boucher o un Fragonard, o aquellos aliñados, bien educados, de algunos paisajes ingleses. O son los árboles plenos de vigor y vida de los flamencos, o de los germanos, asombrados por el prodigio de la naturaleza. Son los temblorosos árboles de van Geel, atormentados y sombríos, o los serenos e imaginativos de Ruisdael. O aquellos calmos, que impregnan de serenidad al paisaje, con asomos de melancolía, en los cuadros de Corol. O esos apasionados, de sugestión dramática, de los románticos. O, aún, aquellos sólidos árboles criollos que sirven de recuesto a los cansinos caballitos de nuestro Figari.

No importa la época ni la sensibilidad: lo verdadero es que el árbol no puede separarse del quehacer y el vivir del individuo, que venera su eternizada majestad, y tiene con él una larga deuda que